



El autor, doctor en Teología Espiritual, acaba de ser nombrado superior de los jesuitas de la Región de la Amazonia.

1. Cf. F. RUIZ SALVADOR, "Discernimiento y mediaciones" In *Revista de Espiritualidad*, Madrid, Vol. 38 (1979), 553-555.

## El sentido del examen de conciencia ignaciano en el proceso de crecimiento humano y espiritual del cristiano hoy

Adelson Araújo Santos, SJ

**T**odos sabemos cuán importantes son en la vida espiritual las mediaciones que usamos; no solamente como instrumentos de santificación personal, sino porque necesariamente nos remiten a una relación interpersonal, a un camino de comunión personal con Alguien<sup>1</sup> — Dios — trayendo consecuencias decisivas en el modo como nos relacionamos con nosotros mismos, con los otros y con la naturaleza que nos rodea.

En la espiritualidad ignaciana, una de esas mediaciones fue desde la época de San Ignacio de Loyola un pequeño ejercicio descrito en el número 43 del libro de los Ejercicios Espirituales como "Modo de hacer el examen general...". De hecho, cuando indagamos sobre las razones de la importancia singular que ese ejercicio tiene en la espiritualidad dejada por Ignacio, somos conducidos a percibir que el examen cotidiano ocupó un lugar central en la experiencia espiritual del fundador de la Compañía de Jesús y de sus primeros compañeros. Así, será mirando al interior de esta experiencia que podremos (re)descubrir el grado de importancia que el examen debe tener también en la vida espiritual de los hombres y mujeres que, en nuestra época, se disponen a seguir los pasos del Peregrino.

### **El examen de conciencia em la experiencia de Ignacio**

El examen de conciencia no nació con San Ignacio de Loyola; ni siquiera nació con el cristianismo. Una mirada sobre la historia de las culturas y religiones antiguas nos permite percibir la presencia de diversas formas de exámenes en la tradición filosófica-cristiana que

antecedió a Ignacio, sea en las corrientes filosóficas y espirituales del mundo griego, romano y judío de la Antigüedad, sea en la tradición bíblico-patristica hasta llegar a la espiritualidad cristiana medieval. No obstante, es innegable que con el apogeo de la *Devotio Moderna*, ocurrido entre el fin de la Edad Media y el inicio de la Edad Moderna, el ejercicio del examen de conciencia ganó mayor popularidad y destaque en el seno de la espiritualidad cristiana, siendo precisamente en este contexto que nació y vivió el santo creador de los Ejercicios Espirituales.

Con efecto, es posible afirmar que los primeros contactos de Ignacio con el examen de conciencia comenzaron a darse ya a partir de su infancia y juventud, en razón de la formación religiosa recibida por él en el seno de la familia y en el fuerte ambiente religioso vasco del siglo XVI. De hecho, desde las *reformas carolingias* ocurridas después de la mitad del siglo VIII con Carlomagno, la práctica del examen comenzó a ser habitual entre los cristianos, especialmente como forma de preparación a la confesión, conforme enseñaban los famosos *Penitenciales*, que daban al mismo una connotación mucho más moral que espiritual. Así, influenciada por la espiritualidad monástica de la época, la conciencia cristiana en el occidente medieval sería formada encima de esas confesiones esquematizadas y de sus rígidos exámenes de conciencia, que asumiendo una matriz natural en la vida de los cristianos, tornaría más sensible la conciencia de éstos en relación al pecado, como afirma el historiador Gervais Dumeige<sup>2</sup>.

No es de extrañar, por tanto, que Ignacio, habiendo bebido de esta misma fuente espiritual, haya sido también iniciado en la práctica del examen, más aún cuando recurría al sacramento de la Reconciliación. Eso no significa, entretanto, que el Peregrino diese a este ejercicio ya desde esa época el sentido y la importancia que le daría a lo largo de su vida y doctrina espiritual, años más tarde. Pues, al fin y al cabo, aunque estuviese formado sobre sólidas bases familiares y religiosas y cultivase algunas devociones, el joven Iñigo desconocía aún el verdadero significado de la *vida interior*, como él propio reconoce en su *autobiografía* (Autobiografía, n° 21).

De hecho, las fuentes históricas nos muestran que fue solamente a partir del inicio del proceso de conversión de Ignacio, durante su convalecencia en la casa-torre de Loyola, cuando recibió el influjo de aquellas famosas lecturas de la *Vita Christi* y del *Flos Sanctorum*,

2. Cf. G. DUMEIGE, "História da Espiritualidade" in DE FIORES, S. - GOFFI, T. (ed.), *Dicionário de Espiritualidade* (1993), 498.

que comenzaría a abrir la mente y el corazón radicalmente a Dios, haciendo la experiencia de volverse con profundidad sobre sí mismo, de identificar y discernir mejor sus sentimientos internos (*mociones*) y de comenzar a aprender a examinarse espiritualmente, aunque de forma bien incipiente.

Para que la experiencia ignaciana del examen pudiese crecer en nivel de profundidad, posibilitando al Peregrino descubrir el tesoro espiritual escondido en aquel simple ejercicio tradicionalmente conocido como examen de conciencia, fue ciertamente de fundamental importancia el pasaje de Ignacio por el monasterio de Monserrat, cuya espiritualidad habría de enriquecerlo mucho, mediante las enseñanzas allí recibidas de su confesor y orientador espiritual y el probable contacto que tuvo con el libro de G. Cisneros, el *Ejercitatorio*.

Con todo, serían sobre todo las muchas experiencias místicas que la divina misericordia quiso proporcionar a aquel pobre penitente durante su *noviciado* espiritual junto a la *cueva* de Manresa y a lo largo del río Cardoner, las que tornarían a Ignacio un hombre *interior*, es decir, preparado para “tratar del interior de su alma” y un hombre de *discernimiento*, acostumbrado a conocer la “variedad de los espíritus”, como testimonió Jerónimo Nadal<sup>3</sup>. Es por ello que podemos concluir que habría sido también durante este período, en el que Ignacio escribió el núcleo de sus *Ejercicios Espirituales*, que se dio, con mucha probabilidad, en su vida, una nueva comprensión sobre el examen de conciencia; siendo posible a partir de esta época comprobar históricamente la presencia de examen como práctica asidua en su vida espiritual y en su enseñanza pastoral a los otros.

3. Cf. J. NADAL, “P. Hieronymi Nadal exhortationes in Hispania (1554)” in MHSI 66, *Fontes Narrativi* I, Romae, 1943, 306.

### **Actualizando el sentido del examen a la luz de la experiencia ignaciana**

Pero, ¿cuál habría sido la nueva comprensión o sentido que San Ignacio descubrió en el examen, a partir de su experiencia espiritual?

No es nuestra pretensión agotar la respuesta a esta pregunta dentro del espacio de este artículo. Pero nos parece importante destacar al menos uno de los principales aspectos que la práctica del examen en San Ignacio nos lleva a percibir, como siendo una de las principales características del modo como el santo jesuita dio nuevo significado a

la práctica de este ejercicio en el conjunto de su espiritualidad.

Según nuestro entender, hubo en la trayectoria espiritual de Ignacio, fundamentalmente, dos razones principales que explican la extraordinaria atención e importancia que él mismo dio al examen de conciencia. En verdad se trata de dos descubrimientos que fue haciendo a partir de la iluminación divina recibida en Manresa y confirmados, progresivamente, por su propia experiencia espiritual:

- Primer descubrimiento: La importancia del examen en un camino de maduración espiritual, que pasa necesariamente por el *autoconocimiento*, favoreciendo el crecimiento de la persona en el autodomínio y en la libertad interior;

- Segundo descubrimiento: La importancia del examen en cuanto mediación espiritual ideal para una vocación apostólica, misionera e itinerante, tal como era la que Dios lo llamaba a vivir, a fin de que fuese capaz de buscar, encontrar y unirse a Él en todas las cosas, volviéndose un *contemplativo en la acción* apostólica y en el servicio a los demás.

En el presente artículo, nos limitaremos a analizar solamente este primer descubrimiento, dejando para otra oportunidad el análisis del segundo descubrimiento ignaciano del sentido espiritual del examen de conciencia.

### **El examen como propiciador del autoconocimiento**

En relación al primer descubrimiento, creemos que Ignacio, desde el inicio de su proceso de conversión, fue percibiendo gradualmente la importancia para el individuo de conocerse a sí mismo, para poder llegar a un mayor y mejor conocimiento de Dios y de su voluntad. De hecho, el relato testimonial dejado por dos de sus más íntimos colaboradores y compañeros de comunidad en Roma, los padres Juan de Polanco y Pedro Ribadeneira, confirman que el *conocimiento de s<sup>a</sup>* o el *entrar dentro de s<sup>a</sup>*, se fueron constituyendo para Ignacio en un requisito fundamental para llegar a ordenar los propios afectos y alcanzar la verdadera libertad interior, necesarios para el verdadero crecimiento y madurez humano-espiritual.

4. Cf. J. DE POLANCO, "Summarium Hispanum de Origene et Progressu Soc. Iesu" in MHSI 66, *Fontes Narrativi* I, Romae (1943), 161.

5. Cf. P. RIBADENEIRA, "P. Ribadeneira collectanea (1567)" in MHSI 73, *Fontes Narrativi* II, Romae (1951), 420.

Ahora bien, para llegar a esta comprensión el *Peregrino* bebió de la mejor tradición espiritual dejada por los grandes maestros y maestras de la espiritualidad cristiana, tales como San Agustín e Santa Catalina de Siena, que enseñaban:

- ¡Volveos para vuestro corazón! ¿Donde vais tan lejos, sino a buscar en vosotros mismos vuestra pérdida? [...] Volved al Señor. Date prisa, vuelve rápidamente a tu corazón, tú que, como exiliado, vagaste distante: no te conoces a ti mismo ¿y quieres conocer quién te hizo? Vuelve, vuelve a tu corazón [...] Verás entonces que fuiste hecho de Dios, porque en tu corazón está la imagen de Dios (Agustín, Siglo III).
- Procura ir examinando solamente tu propia persona y mi bondad, tan generosa. Esta es la actitud de quien alcanzó el último grado de la perfección y que, como ya te dije, siempre retorna al valle del autoconocimiento [...] Esta es la primera cosa que debes practicar, a fin de que me sirvas en la verdad (Catalina de Siena, Siglo XII).

Por lo tanto, la importancia que Ignacio da al conocimiento de sí mismo, encuentra explicación inicial en la influencia que recibió de la espiritualidad de estos maestros espirituales y de los grandes santos de la antigüedad cristiana, cuyas enseñanzas sabemos que ha conocido por intermedio de las lecturas y consejos sugeridos por sus diferentes directores espirituales y confesores.

Más allá de eso, otro importante factor para que el *Peregrino* descubriese el valor del autoconocimiento en la vida espiritual, relacionándolo después con el ejercicio del examen, fue ciertamente el contacto que él tuvo con seguidores y textos de la *devotio moderna*, tales como el libro *De imitatione Christi*, considerado la obra que más refleja el modo de ser y de actuar del santo, de acuerdo con el testimonio dejado por el P. González da Cámara<sup>6</sup>, y en cuyas páginas leemos:

- Vuelve tu mirada sobre ti mismo y evita juzgar las acciones ajenas. Quien a los demás juzga, pierde el trabajo, casi siempre se engaña y fácilmente peca; al paso que, en juzgar y examinar a sí mismo, trabaja siempre con fruto (Libro I, Cap. XIV, 1);
- Examínate con más atención y reconocerás que aún vive el mundo en ti y el vano deseo de agradar a los hombres (Libro III, Cap. XLVI, 2);

6. Cf. L. G. DA CAMARA, "Memoriale seu diarium Patris Ludovici Gonzalez de Camara" in MHSI 66, *Fontes Narrativi* I, Roma (1943), 584.

- Examina, diligentemente, tu conciencia y, cuanto sea posible, procura con verdadero dolor y humilde confesión, limpiarla y purificarla, de modo que nada tengas o conozcas grave, que cause remordimiento o impida el libre acceso a mí (Livro IV, Cap. VII, 1).

Por otro lado, analizando la personalidad autoreflexiva del *Peregrino*, nos parece igualmente razonable reconocer el influjo de ese elemento natural subjetivo en la elaboración y en la elección del examen de conciencia como uno de sus principales ejercicios espirituales, en cuanto ejercicio propiciador del autoconocimiento. Todo eso nos ayuda a entender, en parte, de dónde viene la base doctrinal de la espiritualidad de San Ignacio de Loyola, que en 1546, como primer Padre General de la Compañía de Jesús, recomendaba por carta a sus hijos jesuitas que ayudasen a las personas “*al entero conocimiento de sí mismas, y a maior conocimiento y amor de su Criador y Señor*”<sup>7</sup>, exhortándolos en seguida a la práctica del examen de conciencia.

Es una verdad conocida que, inicialmente, Ignacio poseía una visión de las cosas de Deus todavía muy estrecha, que lo llevaba a considerar que “la santidad se había de medir por la austeridad, de manera que aquél que más austera penitencia hiciese, sería delante de Dios nuestro Señor más santo”<sup>8</sup>. Eso, explica Polanco, lo llevaba a tener los ojos más vueltos “a los exteriores ejercicios y penitencias, que a otras cosas internas, las cuales aún no entendía”<sup>9</sup>. Sin embargo, sabemos que a partir de la experiencia mística de iluminación vivida a las márgenes del Cardoner, el *Peregrino* pasó a ampliar su visión sobre la realidad interna y externa, “comenzando a ver todas las cosas con otros ojos”<sup>10</sup>. Ahora bien, eso nos lleva a creer como siendo bastante plausible que, en este momento, hubiera comenzado también a reflexionar mejor sobre sus prácticas ascéticas, pasando entonces a valorar más los ejercicios de purificación *interior* que exterior. Por otro lado, es posible que la experiencia de turbulencia espiritual que vivió en la gruta de Manresa hubiera llevado a San Ignacio a percibir con formidable intuición que nuestro agitado y dividido mundo interior necesita de espacios y ejercicios adecuados para poder ser bien comprendido y armonizado. Así, en cuanto iba dejando de lado prácticas penitenciales dirigidas más al castigo del cuerpo, fue seleccionando y vivenciando, cada vez más, otros tipos de ejercicios, que lo ayudaban mejor a conocer

7. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Scripta de Sancto Ignatio de Loyola*, MHSI 56, Vol. 2, Matriti (1918), 386-389.

8. D. LAINEZ, “Epistola Patris Laynez de P. Ignatio (1547)” in MHSI 66, *Fontes Narrativi* I, Romae (1943), 74 (trad. nossa).

9. J. DE POLANCO, “Summ. Hisp. Polanci...” in *FN*, I, 158 (trad. nossa).

10. D. LAINEZ, “Epistola...”, 80 (trad. nossa).

11. Cf. J. R. ALVAREZ B.,  
“El conocimiento de uno  
mismo. Alcances y riesgos  
psicológicos de la auto-  
observación en los Ejercicios  
ignacianos” in *Apuntes  
Ignacianos*, n° 34 (2002), 43.

y a poner en orden su mundo afectivo e interno, lo que le proporcionaría una conciencia muy fina y profunda de la división interna que ocurre dentro del ser humano<sup>11</sup>.

El examen de conciencia se volvería así, paulatinamente, en la vida de Ignacio, una mediación al mismo tiempo espiritual y ascética (según la etimología de la palabra *askeo*: trabajar, disponer, ejercitarse en algo), que lo ayudaría a crecer en el contacto con su mundo interior y, por medio del autoconocimiento, a tomar mayor conciencia de sus contradicciones e inconsistencias, pero también de sus potencialidades. De hecho, recurriendo nuevamente a la experiencia personal de Ignacio, vemos que ya en el período de su convalecencia en Loyola, él comenzó a tener contacto con cierta literatura espiritual que exhortaba al cristiano a la auto-observación, para poder reconocer las propias fallas delante de Dios; experiencia que, más tarde, él mismo comenzaría a hacer continuamente y a exhortar a los otros a hacer, mediante el uso del examen.

Así, practicado inicialmente por Ignacio más como un ejercicio ascético de ayuda en su proceso de conversión personal, en medio a innumerables confesiones, duras penitencias y físicas mortificaciones, el examen ignaciano fue progresivamente asumiendo mayor importancia que éstas, en la medida en que el Peregrino iba percibiéndolo mucho más eficaz en búsqueda de la conversión del corazón. Con el tiempo, Ignacio pasó a ver en el uso del examen otra dimensión también importantísima, como lo sea un auténtico ejercicio de *discernimiento espiritual*, accesible en cualquier momento de la jornada diaria.

Finalmente, el examen de conciencia reveló ser en la experiencia ignaciana, igualmente, un verdadero tiempo de encuentro no solamente consigo mismo, sino con Dios, propiciándole sentir y unirse a esa presencia divina en todos los momentos cotidianos, como un verdadero *contemplativo en la acción*. La práctica frecuente del examen le permitía, de ese modo, vivir en el día a día la experiencia de unión con el Señor, penetrada hasta los más humildes pormenores de su vida cotidiana, que podían ser de esa forma direccionados lo mejor posible, en vistas del siempre presente horizonte apostólico del *ad maiorem Dei gloriam* (a la mayor gloria de Dios) y del *ad maius Dei servitium et animarum auxilium* (al mayor servicio de Dios y auxilio de las almas), una vez que San Ignacio tenía siempre como criterio central, en la elección de estos

ejercicios, los que más favoreciesen a su deseo de estar lo más libre posible para *ayudar a las almas*<sup>12</sup>.

### La importancia de todo eso para nuestros días

De la experiencia ignaciana aprendemos, entre otras cosas, que la práctica del examen de conciencia nos lleva no sólo al autoconocimiento, sino que, al ponernos en contacto con nuestra propia verdad, contribuye a evitar que caigamos en una imagen falsa de nosotros mismos y del mundo, cuyo resultado sería el relajamiento espiritual y la acomodación, frente a los llamados divinos al cambio y la conversión. Pues nadie puede corregir sus defectos si no se conoce o si se conoce poco, como tampoco puede cultivar virtudes y dones, quien de ellos sólo tiene una noción vaga y confusa<sup>13</sup>. De ahí que, en el examen ignaciano, después de agradecer a Dios por los beneficios y dones recibidos, nos “mortificamos” a través de la conciencia de nuestra propia incapacidad y debilidad, de nuestras miserias y caídas, de todo aquello, en fin, que nos recuerda que hemos sido generados de la nada y que a la nada continuamente tendemos, pues no subsistimos ni podemos actuar sino con el incesante concurso de Dios<sup>14</sup>.

Ciertamente, el hecho de que vivamos hoy en una sociedad y en una época “caracterizada por la primacía del sujeto, por un creciente individualismo”, como recuerda el cardenal Carlo Maria Martini<sup>15</sup>, hace más difícil al cristiano moderno y posmoderno sentirse atraído por ejercicios que lo llevarán inevitablemente a tomar conciencia de sus incoherencias y del encierro egoísta en sí mismo, y todo lo demás que puede estar impidiendo o dificultando su crecimiento humano y espiritual. No hay dudas tampoco de en qué gran medida palabras antes tan comunes en la espiritualidad cristiana, como *abnegación y mortificación* suenan hoy como algo superado y no tienen cabida en una sociedad marcada fuertemente por una visión materialista y hedonista de la existencia humana y por una fuerte tendencia a la subjetivización de la fe cristiana, tal como la describió el papa Juan Pablo II<sup>16</sup>.

No obstante, es innegable que ciertas mediaciones espirituales continúan teniendo la misma o mayor necesidad en nuestros días para que podamos crecer en el conocimiento de nosotros mismos, en vistas a vencer nuestro amor propio y nuestras tendencias egoístas

12. Cf. P. LETURIA, “Génesis de los ejercicios de S. Ignacio y su influjo en la fundación de la Compañía de Jesús (1521-1540)” in AHSI, Vol. 10 (1941), 28.

13. Cf. A. TANQUEREY, *Compendio de Teología Ascética e Mística*, Paris, 1928, 289-290.

14. Ibidem.

15. C. M. MARTINI, *Oración y conversión*, Estella, 1995, 125.

16. Cf. PAPA JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis. Exhortación apostólica post-sinodal de su santidad Juan Pablo II al episcopado, al clero y a los fieles sobre la formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, n° 8-9.



17. B. SECONDIN, “La spiritualità contemporanea e la sfida delle nuove culture” in H. ALPHONSO (ed.), *Esperienza e Spiritualità*, Roma, 2005, 220-221 (trad. nuestra).

18. J. DE GUIBERT, *La espiritualidad de la Compañía de Jesús*, Santander, 1955, 54-57.

19. C. LOWNEY, *Heroic Leadership: Best Practices from a 450-Year-Old Company That Changed the World*, Chicago, 2003, p. 330.

volviéndonos así más libres interiormente para servir mejor a Dios y a los demás. Por lo tanto, no se trata de defender un puro y simple retorno a caminos de crecimiento espiritual tradicionalmente conocidos y utilizados, pues estamos de acuerdo con Bruno Secondin cuando afirma que “la vocación personal a la santidad reclama hoy ser conducida según caminos menos repetitivos”<sup>17</sup>, siendo por consiguiente, más creativos. De ese modo, así como Ignacio, la gracia mayor que debemos buscar alcanzar hoy con la práctica de ejercicios espirituales, como el examen de conciencia, es la de poder progresar siempre más en nuestra respuesta a Dios. Pues, como ya dijo De Guibert, toda la experiencia espiritual de Ignacio estuvo siempre “centrada en el pensamiento del mayor servicio de Dios, de Cristo, de su Iglesia y de las almas por Él rescatadas”<sup>18</sup>.

Vale la pena observar, por otra parte, que la relación hecha por nuestra reflexión entre el autoconocimiento y el ejercicio del examen, tal como lo notamos en la experiencia de San Ignacio, ha sido objeto de interés y análisis en la literatura hodierna, aun fuera del ámbito espiritual-religioso. Tomemos como ejemplo la obra de Chris Lowney, intitulada *Heroic Leadership*<sup>19</sup>, en la cual este autor sostiene la tesis de la enorme semejanza que existiría entre la técnica usada por las grandes empresas del mundo financiero para descubrir y entrenar a sus nuevos líderes ejecutivos y la formación que Ignacio de Loyola daba a los jesuitas de su época. Esto lleva a Lowney a afirmar que se siente plenamente convencido del valor y de la absoluta modernidad de aquello que los primeros jesuitas siguen teniendo para ofrecer a todos nosotros. Con efecto, no deja de llamarnos la atención el hecho de que este autor, al trazar las características que definen un líder exitoso hoy, sostiene que se trata de las mismas ya cultivadas siglos antes por los jesuitas, citando como la primera de estas características exactamente el conocimiento de sí, mediante el cual, según él, esa orden religiosa preparaba líderes bien conscientes de sus potencialidades, así como de sus puntos débiles, valores e visiones de mundo. Y, después de explicar que todo eso se daba particularmente por medio de los Ejercicios Espirituales, Lowney agrega que el medio usado por aquellos hombres para fortalecerse espiritualmente, cuando volvían al bullicio de la vida real era precisamente el examen de conciencia.

## Conclusión

Si toda la reflexión hecha arriba, amparada en las fuentes históricas ignacianas, estuviera correcta, entonces podemos concluir afirmando que la preferencia de Ignacio por el ejercicio del examen de conciencia, en su trayectoria espiritual, está estrechamente ligada a la importancia que el santo pasó a dar gradualmente al *autoconocimiento*, visto como uno de los primeros pasos para arribar a la conversión del corazón, al discernimiento continuo de la voluntad divina y a la unión con Dios en todas las circunstancias. A nuestro entender, esta percepción del vínculo existente entre la práctica del examen y el crecimiento en el *conocimiento de sí* mismo fue fruto, por un lado, de aquella eximia ilustración que recibió de Dios a las márgenes del río Cardoner, con la cual comenzó a entrar más en el conocimiento de sí; y, por otro lado, de su experiencia personal rumiada con o su peculiar carácter autoreflexivo, más allá de la ayuda de algunos maestros, confesores y libros espirituales que le llegaron a las manos.

Hoy, muchos cristianos son atraídos por una especie de *misticismo epidérmico*, que no ayuda a la persona a penetrar en el sagrario de su *corazón* y de su *alma* para allí hacer una auténtica experiencia de Dios, porque se sitúan solamente en el ámbito exterior de la experiencia religiosa o en la esfera de la pura emoción y del lado mágico de la fe. La experiencia ignaciana del examen de conciencia nos muestra, al contrario, cómo San Ignacio, anticipándose en algunos siglos a nuestro tiempo, preconizó una serie de ejercicios espirituales que, inevitablemente, conducen a la persona a un profundo encuentro consigo misma y a asumir su verdad, constituida de *luces* pero también de *tinieblas*, pudiendo así caminar en la dirección de la madurez humana y espiritual y del encuentro con el Absoluto de su vida.

La experiencia del examen, valorizada en la vida y en el magisterio espiritual de San Ignacio es, así más que nunca, actual y útil para ayudarnos a nosotros, cristianos del nuevo milenio, a que seamos practicantes de una *mística* verdaderamente cristiana, en el sentido que K. Rahner<sup>20</sup> quiso dar a este término, o sea, no referido a fenómenos parapsicológicos raros, sino a una experiencia de Dios auténtica que brota del interior de la existencia.

Destaquemos todavía que, al presentar al examen ignaciano de conciencia como mediación que favorece el autoconocimiento,



El autor en un reciente curso organizado por el CEI-Itaici, en la Villa Kostka

20. Cf. K. RAHNER, *Elemente der Spiritualität in der Kirche der Zukunft*, in SchzTh, Einsiedeln, Benziger, 1980, Bd. 14, 375.

no queremos con esto reducir la finalidad de este ejercicio solamente a este aspecto, puesto que siempre habrá en el mismo otras dimensiones, igualmente importantes y que podrían merecer futuros comentarios. Tampoco fue nuestro deseo concebir el autoconocimiento solamente como conocimiento de los aspectos negativos y oscuros de nuestra vida, pues como sabemos, una característica del examen propuesto por San Ignacio en los Ejercicios Espirituales, es que se comience el mismo reconociendo y agradeciendo las gracias divinas recibidas durante el tiempo que está siendo examinado, lo que, sin duda, hace del examen un momento especial para que la persona también perciba su lado positivo, sus valores, lo que no siempre es debidamente destacado cuando se habla del examen ignaciano de conciencia.

Por último, recordemos siempre que el examen enseñado por Ignacio es, sobre todo, una forma de oración, cuyo primer momento trata de poner a la persona en presencia de Dios, que le habla con sus dones y sus mensajes. Pues Dios es el primero que se comunica, correspondiendo a nosotros simplemente responderle con el reconocimiento de sus dones, de su Palabra, y con el agradecimiento por todo eso. Dar un nuevo significado y sentido al examen de conciencia es, en última instancia, rescatar en nuestra vida y en el mundo el sentido positivo de Dios, de la realidad, de la vida y de nosotros mismos.



Participantes del curso del autor sobre el Examen Cotidiano, en Villa Kostka